

frente libertario

Madrid,
24 de junio
de 1937

Núm. 208

editado por el comité de defensa confederal :-: región centro.

Trágico epílogo de una etapa funesta

Ni un minuto más de tanta política negligente, de procederes desleales, de criterios impunistas, de sectarismos improcedentes

El pueblo español, en esta hora solemne, se siente totalmente capacitado para aplastar al fascismo invasor y asegurarse la revolución liberadora

Sin perder la serenidad, responsables de nuestros actos, sin abandonar la objetividad en la apreciación de los acontecimientos desarrollados en los últimos treinta días, de desviación revolucionaria en las altas esferas gubernamentales, contemporizadora con los que cree fuertes y decididos a ayudarnos y claudicantes, ante las exigencias de un sector minúsculo del antifascismo español, que se ha propuesto comprometer nuestro triunfo en aras de un proselitismo inadmisibles, tenemos que formar el cuadro de defensa contra los enemigos declarados y emboscados, contra los saboteadores de las conquistas proletarias, contra los inconscientes que, atentos a su lucro personal, tratan de desviar el rumbo victorioso de la gesta iniciada el 18 de julio. Hay que hablar con la claridad que los soldados y los combatientes de la retaguardia se expresan. Hay que decir...

Que hace treinta días, se frenó un movimiento revolucionario que estaba llevando a puerto seguro nuestra victoria. Que hace un mes, aún existía un frente antifascista que tenía intranquilas a las potencias que ayudan a los militares sublevados, y que desde esa fecha a la que señaló la caída de la población de Bilbao, la "Gaceta" y los organismos responsables de los grupos formantes de esta nueva estatificación burguesa que reside en Valencia, han socavado las más sagradas conquistas, han perturbado el orden en el interior, han comprometido aún más la situación en el exterior y han dado un triunfo al enemigo de la resonancia del tan cacareado valor industrial y económico de la ciudad del Norte, blanco de la codicia de la canalla extranjera.

Y hay que decir que, en la cuestión militar, el imperativo más elemental de prudencia nos veda exponer el pensamiento, pero que, en cuanto a las posibilidades con que se contaba hace ochenta días, distan los

resultados obtenidos muy mucho de lo que hubiera sido dado exigir a los que aceptaron tan alta responsabilidad.

Tampoco podemos recatar nuestro criterio de que en el orden interior la política nos llevó por una pendiente perturbadora, enfrentando organizaciones hermanadas en el frente antifascista, provocando la muerte de centenares de compañeros, el encarcelamiento de otros, y la persecución de los que no comulgan con la política nefasta de los cantores de glorias y virtudes inexistentes.

En cuanto a la política exterior, el balance acusa un déficit en contra de los que hoy detentan el poder verdaderamente escandaloso. Indiferencia más acusada en muchos países, tolerancia con los facciosos en otros, complicidad en los más, control ve-

jatorio, el criminal bombardeo de Almería, la farsa de una ayuda eficaz por parte de las naciones que se decían avalaban el cambio de política española, a tenor con la modalidad, casuística, de pretender representar los anhelos de un pueblo con pensamiento radicalmente opuesto a la formación del Gabinete actual; inactividad en las esferas diplomáticas, desaciertos, abandono de nuestros derechos de nación que se siente independiente de toda intervención extraña, política, en fin, de cesión de derechos y de terquedad en no querer establecer el contacto con el pueblo que lucha y vence al enemigo en cuantas ocasiones se han presentado y de su heroísmo ha dependido. Perturbación, negligencia, deslealtades, impunismos, procedimientos sectarios que siembran el malestar y la

desunión en la retaguardia. Este es el balance de treinta días; trágico epílogo de una etapa funesta.

Y cuando el pueblo español ha visto rematado el último capítulo de los fracasos con las vicisitudes del Norte de España, y admira cómo aún el corifeo de los políticos tratan de hacer impune esta deplorable jornada, pretendiendo seguir la política interior y exterior que tan desastrosos resultados viene dando, exige un cambio, un viraje en redondo hacia el triunfo, pidiendo que se abandone la política seguida y se inicie una más vigorosa, una política que se vea asistida de todas las colaboraciones, en la que no tengan cabida los afanes proselitistas, ni las agresiones entre organismos antifascistas, ni se consienta un nuevo vejamen venido del exterior. En una palabra, la guerra impone un cambio de táctica y una dirección que se sienta asistida por todos los españoles, sin distinción de matices, ya que todos los antifascistas están representados en la medida de la aportación que a la guerra ofrecen. No puede seguirse por el camino de que los más luchen y los menos dirijan y encaucen. Hay que ganar la guerra, y para ello se exige una política revolucionaria, desconectada en lo posible de toda ingerencia extraña a sus verdaderas necesidades.

El Gobierno debe cambiar, porque todos tenemos la misma responsabilidad de vencer y no podemos seguir el camino de las experiencias peligrosas, de las que sólo habrá de salir beneficiado el fascismo, que es el que, en definitiva, medirá a todos por el mismo rasero, si le ofrecemos en bandeja lo que por su esfuerzo será materialmente imposible que consiga.

El pueblo español se siente capaz de ganar la guerra y regir sus destinos. ¡Atrás los perturbadores de su magno propósito! ¡Ni un minuto más de negligencias, deslealtades, impunismos, ni de política baja de sectarismos contrarrevolucionarios!

Quién cumple más exactamente con los deberes que la realidad del momento nos impone, ¿el que propone un viraje rotundo en las orientaciones políticas que sólo cosechan fracasos o quienes se empeñan en mantener, contra viento y marea, esa línea política desgraciada?

Quién realiza actos que más benefician a Franco, a Hitler y a Mussolini, ¿los que intentan por todos los medios introducir en los medios directores de la Guerra y de la Revolución nueva savia fecunda, o los que se aferran a las posiciones que ostentan, desde las que no han cosechado una sola victoria, un solo triunfo?

Quiénes merecen más el calificativo de encontrarse al servicio de la reacción y de los intereses del fascismo, ¿los que hartos de desastres gritan al pueblo que el momento de afrontar nuevas orientaciones ha llegado, o los que encastillados en sus posiciones hieráticas se obstinan en continuar al frente de los trascendentales asuntos de la Guerra y de la Revolución, para cuyo manejo victorioso han demostrado que son plenamente incapaces?

La verborrea enemiga de la victoria

Ha sonado la hora inexorable de que se callen definitivamente quienes todo lo arreglan con bellos discursos

Con dolor en el alma, pero también con toda honradez, hay que decirle al pueblo claramente, sin tapujos y sin excusas, que la pérdida de Bilbao es de una gran trascendencia y de una importancia inexcusable. Y que también es el colofón, el remate de toda una política interior y exterior plena de desaciertos, abocada toda ella al abismo de la derrota.

Y es que cuando se pretenden ganar batallas haciendo frases, cuando se pretenden obtener laureles guerreros con palabras altisonantes, sólo se consigue cosechar el regusto amargo de la derrota y el dolor trágico y hondo de ver cómo miles y miles de hermanos proletarios caen bajo el plomo, poco elocuente, pero esencialmente eficaz, de los invasores.

La caída de Bilbao ha sido un aldabonazo duro y cruel en los corazones apasionados de todos los luchadores de la libertad. Pero ha sido, además, la demostración palpable de que hay que pasar rápidamente, urgentemente, de las palabras a los hechos, de las incitaciones a la victoria a la actuación decidida y eficaz a la victoria misma encaminada. Los alaridos histéricos están muy bien en las comedias fin de siglo, pero están completamente fuera de lugar en la hora difícil, de perfiles tensos y crueles que vivimos. Es preciso cambiar la moral charlatana y jaranera que hoy nos avasalla, im-

potente para intervenir decisivamente en la solución de la guerra con la victoria del pueblo, por la moral típica del pueblo mismo, moral sacrificada y callada, pero palpitante de actuaciones, de heroísmos; moral silenciosa, pero con todos sus resortes, con todos sus nervios, tensos hacia las audacias, que son los únicos nuncios seguros de victoria.

De lo contemplativo charlatán hay que pasar rápidamente, urgentemente, a lo dinámico parco de palabras; de la postura que se inclina a esperar que del extranjero nos sirvan en bandeja la victoria estando el pueblo español antifascista cruzado de brazos o poco menos, hay que pasar a aquella otra posición espiritual y actuante que todo lo fía a los propios resortes activos del mismo pueblo español; de las posturas amablemente transigentes hay que pasar a la única y santa intransigencia revolucionaria.

El pueblo, que quiere por encima de todo la victoria, que tantos sacrificios lleva realizados para conseguirla, que tantos dolores ha soportado y está dispuesto a soportar para lograrla limpia y exacta, así lo exige, así lo impondrá. Los hombres que saben hablar muy bien, pero que sólo son capaces de obrar lentamente, escasamente, deben dejar de una vez el puesto preeminente que ocupan en la dirección de los asuntos vitales que hoy se ventilan para el pueblo anti-

fascista, puestos que en la mayoría de los casos se han atribuido amablemente a sí mismos, a aquellos otros hombres que, sin poderse comparar con ellos en fluidez retórica, los superan cien y mil veces en capacidad de acción, en su voluntad actuante, fulcro de la victoria. Y, sobre todo, han de decidirse a callar.

Porque la guerra sólo se gana de una manera: hablando poco y obrando mucho, avanzando sobre el terreno de lucha aunque después no se puedan componer brillantes párrafos sobre el tablado de cualquier mitin o en el aire sereno de cualquier pleno. La guerra se gana ocupando trincheras y ciudades, calladamente, pero también energicamente, guerreramente, con el lenguaje mudo del heroísmo. Que el enemigo puede resistir impávido nuestros discursos, nuestras frases altisonantes, nuestras palabras encerradas entre potentes admiraciones; pero no puede resistir con la misma tranquilidad y sobre todo con idéntica seguridad de subsistencia incólume, los ataques duros de los hombres que saben manejar oportuna y activamente los fusiles y las bombas de mano, las ametralladoras y los morteros, los cañones y los aviones, el lenguaje de la guerra en una palabra.

La guerra no se ha hecho para que los charlatanes encuentren en ella temas oratorios; y los hombres que sólo son capaces de hablar, tampoco han ganado ninguna guerra. Esta reserva siempre sus laureles para los que, callada y activamente, saben construir trincheras, abrir brecha en las filas enemigas, manejar las armas de combate.

Si el ardor de la batalla y las horas tensas que en ella se viven hacen apretar los dientes y resecan los labios y las gargantas impidiendo pronunciar palabras que no sean órdenes encaminadas a la victoria, los encantos de las bellas parrafadas son completamente inútiles, y no solamente inútiles, sino también grandemente perniciosos en esta hora difícil que vive todo el pueblo

antifascista español, todo el proletariado revolucionario de Iberia.

Son momentos de acciones y no de palabras; son horas de actos encaminados a la victoria y no de verborrea salmodiosa que cante la gloria de los caídos o anuncien previamente triunfos a tantos días vistos. A los hermanos de Euzkadi que han caído heroicamente bajo los turbiones de fuego y de hierro que contra ellos han desencadenado las tropas al servicio del fascismo, no se les venga con palabras, ni se les consuele sólo con dítirambos exaltados. Ellos, desde el silencio elocuente de sus sepulcros, piden actos, exigen victorias; sólo así se les hará cumplida justicia y se les rendirán los debidos honores.

Pero si todo se reduce a añadir a la ya demasiado larga lista que padecemos otros cuantos discursos elogiosos y un nuevo puñado de admiraciones en las planas de los periódicos, los héroes que han caído en las verdes colinas de Euzkadi abandonarán la paz de los sepulcros para escupirnos en pleno rostro su desprecio por nuestra cobardía y por nuestra ineptitud. Y lo que todavía sería más doloroso con serlo enormemente, tremendamente, lo pasado: el pueblo español, los trabajadores revolucionarios, que tantos sacrificios han realizado, que tanta sangre llevan derramada generosamente en aras de la victoria y de la libertad, continuarían rodando de desastre en desastre, hasta la consumación trágica de su definitivo vencimiento.

Por esto, porque así lo imponen los héroes caídos, porque así lo exige la victoria, que se callen de una vez los que consumen todos sus ardores en buscar bellas palabras y en componer frases elocuentes. Y que cedan el paso a los auténticos luchadores revolucionarios—parcos de palabras—, que lleven en su capacidad activa y creadora el germen que se convertirá en el fruto jugoso y rotundo de la victoria definitiva a que tiene derecho el pueblo español.

T. Socializados del S. U. de I. G.—C. N. T.

ROMANCES DE "C N T"

¡Hay que ganar la guerra!

¡Ay mi Bilbao, mi Bilbao,
ay mi Bilbao de mi alma!
¡Ay mi Bilbao, qué dolor!
¡Ay qué pena, que me mata!
¡Ay, que los fascistas huellan
la capital de Vizcaya!
No vencida; que vencido
queda quien rinde las armas,
más no quien con ellas muere
pecho a pecho, cara a cara.
¡Ay mi Bilbao, mi Bilbao,
que botas traidoras manchan!
Tus calles veo barridas
por el fuego y la metralla;
veo sobre el Arenal
restos del teatro Arriaga;
por bajo del Puente Nuevo
veo correr a las aguas
para ocultar en los mares
la visión de tu desgracia...
Rojas de sangre caminan,
¡ay mi Bilbao de mi alma!

Esto oía un valentón
cortado en la retaguardia.
Con aire de jaque terne
se dirigió al que clamaba:
—No llores más, planidero,
y oye lo que ha dicho Mija:

"que no estorben los que tiemblen;
los cobardes que se vayan."
El otro le contestó,
con ira mal aguantada:
—No soy cobarde ni tiemblo;
pero no quiero palabras,
ni quiero frases vibrantes
por muy redondas que salgan.
Hechos quiero, compañeros,
¡quiero triunfos, camarada,
y quiero ganar la guerra,
como las guerras se ganan:
con victorias. Con victorias
que palmos de tierra valgan,
y, sobre todo, matando
en flor la soberbia mala
de todos los que prefieren
"mantenella y no enmendalla",
célebre empeño español
causante de mil desgracias!
El pusilánime estorba
como estorba quien fracasa.
"El cobarde, que se marche".
El incapaz que se vaya.
Palabras no ganan guerras,
que con victorias se ganan.
¡Ay mi Bilbao, mi Bilbao,
ay mi Bilbao de mi alma!

ANTONIO AGRAZ

¡Los cobardes
que se vayan!
¡Pero que no se queden
los que estorban!!